

## Introducción

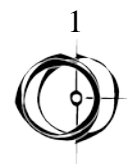
### Introduction

Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN  
Universidad de Castilla-La Mancha

A lo largo de los siglos fueron guerras y magnicidios los métodos habituales de conquista del poder en toda sociedad. Así es como se describe en la saga literaria de George R. Martin, convertida en serie televisiva como *Juego de Tronos*, aunque en la historia real no hubo ni fantasías mágicas ni dragones. Esos procedimientos cambiaron con la Modernidad, categoría que abarca siglos de historia en los que la razón política se despojó de los argumentos religiosos o teocráticos. Fue la época de las revoluciones liberales, desde la revolución parlamentaria de 1648 en Inglaterra hasta los ciclos revolucionarios de la Europa de 1830 y 1848. En tan largo período de conflictos, se consignaron dos innovaciones, aunque se mantuvo vigente la fórmula de una ruptura violenta del poder existente. La primera novedad consistió en la implicación de sectores más o menos amplios de la sociedad, que se armaron expresamente para conquistar el poder. No fueron camarillas ni tropas conquistadoras. Esos sectores se organizaron en milicias, fuerzas de coerción distintas, y en muchos casos opuestas, a los ejércitos institucionalizados. En segundo lugar, se inauguró un método cualitativamente distinto para mantener el nuevo poder: se hizo del voto ciudadano el ancla de su legitimidad.

Desde entonces, ha sido dificultoso y zigzagueante el proceso que ha convertido el voto en el único medio admisible para cambiar de manos el control de poderes. No sobraría recordar la paradoja de los movimientos democráticos del siglo XIX, como fue el caso del republicanismo español. Aunque exigían el sufragio universal (solo masculino durante largas décadas), persistían en el derecho a la insurrección armada para sacudirse injusticias y cambiar, por tanto, el poder. Salvo experiencias excepcionales, como las de Estados Unidos o el Reino Unido, es muy reciente la convicción de que solo el voto y las leyes emanadas de ese voto, nunca la violencia, constituyen la vía legítima para torcer el rumbo de unos u otros poderes. El hecho es que en los fundamentos de nuestras culturas políticas se ha sacralizado la violencia con mitos, ritos y héroes, tal y como expuso en una obra ya clásica René Girard. Bastaría recordar a este respecto el ritual trágico y espectacular del terrorismo, que hace del sacrificio y de unos cuerpos inmolados, tanto de víctimas como de victimarios, el soporte del mensaje social<sup>1</sup>.

En concreto, por lo que a este dossier se refiere, la idea de que el progreso implica necesariamente una alta dosis de violencia se incrustó en la modernidad ilustrada de modo que las distintas ideologías políticas asumieron la violencia como factor inherente a la sociedad. Todavía convivimos con la idea de que existe una violencia legítima y otra ilegítima y debatimos sobre sus lindes, solapamientos y potenciales vuelcos de legitimidad, según quién la ejerza. De ahí que se considere lógico que una revolución



1. René GIRARD, *La violencia y lo sagrado*, Barcelona, Anagrama, 1995 (1ª de 1972).



incluya siempre el acto de violencia necesario para desplazar a los anteriores detentadores de la *otra* violencia legal. Es lógico, por tanto, que las ciencias sociales hayan colocado la violencia en un lugar preeminente en la teoría social y en los análisis de los cambios en la historia. La bibliografía al respecto, innumerable, cuenta con aportaciones realizadas desde todas las especialidades.

En este dossier se presenta una aportación concreta: el análisis de aquellos procesos de cambio político y social protagonizados por una movilización cívica cuyo instrumento decisivo fue la organización de una fuerza tanto coercitiva como de consenso. Ocurrió desde las revoluciones liberales. Se trataba de implantar la razón política con la fuerza de un brazo armado, imprescindible para dirimir la lucha por el poder. La novedad radicó en constituirse ese brazo armado sobre un principio de consenso y con un alistamiento voluntario, en gran medida, y con determinados sesgos sociales. En efecto, se reclutó con reclamos voluntarios y se trató de cohesionar ideológicamente a los grupos sociales implicados en el cambio sociopolítico. Así, en las revoluciones liberales, los integrantes de las milicias cívicas se consideraron a sí mismos artífices del cambio y constructores de un nuevo poder. No por casualidad, en su origen, se accedía a los puestos de oficiales y jefes por votación de cada compañía de ciudadanos armados.

Estas milicias ciudadanas ejercieron de ariete imprescindible para derribar unos regímenes absolutistas protegidos por ejércitos cuyas jerarquías militares eran incondicionales. Ahora bien, entre 1789 y 1830, período de máxima lucha entre liberalismo y absolutismo, el procedimiento de las milicias liberales fue replicado por los absolutistas, quienes crearon cuerpos armados de *voluntarios* con la meta explícita de ser diques contrarrevolucionarios. Posteriormente se produjeron sucesivas readaptaciones ideológicas de tal modo que en el siglo XX hubo momentos decisivos en los que sectores de ciudadanos se armaron, como partidas paramilitares o como guerrillas, para enarbolar su soberanía política y crear una nueva legitimidad, o previamente para derribar una legalidad considerada injusta.

Para descifrar estos procesos de luchas por el poder, desde las milicias liberales del siglo XIX hasta las guerrillas y grupos paramilitares de la segunda mitad del siglo XX en América Latina, se ha contado con cinco especialistas cuyas aportaciones esclarecen las correspondientes claves sociales y políticas para geografías y momentos distintos. En el primer artículo, Gonzalo Butrón detalla la organización de la Guardia Nacional durante la Revolución francesa, modelo de milicia ciudadana para otros países europeos. Su reclutamiento tuvo una evidente selección social, se prefería que fuesen todos voluntarios y se excluía a quienes no gozaran de un medio de vida propio. Se pensaba solo en los que tenían intereses que defender, o incrementar. Fue la norma, las milicias se organizaron entre las clases propietarias que, opuestas a los privilegios de los estamentos feudales, impulsaron libertades políticas y económicas para instaurar un sistema representativo que defendiera sus horizontes de desarrollo burgués.

En todos los países se consideró un peligro darle armas al *populacho*. Así ocurrió también en España; percibían el riesgo de que las clases populares desbordarían los planteamientos antifeudales y exigirían, como así ocurrió, una aplicación de los principios de libertad e igualdad que les beneficiara. De hecho, en el caso español, desde la regencia de Espartero (1840-1843), en el bienio progresista (1854-1856) y definitivamente en el sexenio democrático (1868-74), se reveló el carácter popular –proletario, en última instancia– que habían adquirido estas milicias. La única y definitiva alternativa, por tanto, para los liberales, ahora responsables del orden, era su disolución. Las milicias cívicas experimentaron un mismo proceso: conforme el Estado liberal se consolidaba, esas milicias o se sometieron a un control militarizado o fueron canceladas.

Entretanto, los absolutistas habían echado mano precisamente de los excluidos por las milicias liberales. Paradojas de la historia que investiga Álvaro París, cuyo análisis de la organización de milicias contrarrevolucionarias en España, Francia y el Reino de Nápoles permite comparar los mecanismos por los que tres monarquías absolutas armaron al *populacho*. Los estamentos privilegiados (aristocracia y clero) pusieron en marcha la clarividencia propia de los reaccionarios, en línea con el marco conceptual propuesto por Albert O. Hirschman<sup>2</sup>. Usaron una cuña del mismo árbol, sobre cuyo tronco, el pueblo, fundamentaba el liberalismo su propuesta revolucionaria. De este modo, aquellas milicias contrarrevolucionarias abrieron ventanas de oportunidad sin precedentes para los sectores populares alistados pues, tal y como subraya Álvaro París, desataron fuerzas sociales inesperadas, en un contexto marcado por la crisis económica, el desempleo y la proletarianización del artesanado.

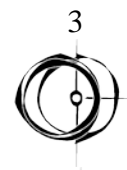
El análisis de los voluntarios armados en las guerras de independencia en América Latina durante el primer tercio del siglo XIX es otra faceta muy significativa que, sin embargo, se ha quedado sin examinar por eventualidades inesperadas. En contrapartida, Nicolás G. Sillitti indaga en los cambios experimentados en los juicios por delitos de rebelión por el máximo tribunal de justicia de Argentina. Centra su estudio en las décadas bisagra entre los siglos XIX y XX y analiza el lenguaje jurídico para descodificar las sutilezas de unas fuentes áridas para muchos historiadores. Plantea, en consecuencia, el trasfondo social y político de las decisiones de dicho tribunal sobre la figura penal del delito de rebelión, aplicado a los movimientos revolucionarios de 1893 y 1905. Son asuntos vivos, sin duda, pues afectan al presente, y resulta fecundo conocer cómo entonces ya se plantearon las diversas concepciones sobre la revolución, la libertad y las garantías civiles, así como los contenidos, más o menos corporativos, de un fuero militar republicano frente a la capacidad del Estado de subordinar a las fuerzas armadas.

Por otra parte, el estudio de la descomunal eclosión de violencia política que, a través de las organizaciones paramilitares de los partidos políticos, vivió la Europa de entreguerras exigía una mano tan sólida y especializada como la de Sandra Souto. Fueron años en los que la democracia y la fuerza del voto quedaron arrinconadas por ideologías que hicieron de la violencia el medio para conquistar el poder y sobre todo el talismán regenerador de la sociedad entera. La comparación de lo sucedido en Alemania y en España y el énfasis en el papel de las organizaciones juveniles permiten a esta autora profundizar en los procesos de deslegitimación de las democracias, en general, y, en concreto, sobre la desesperación de una juventud cuyos sueños chocaban con viejas normas y sobre todo con estancamientos socioeconómicos. A partir de estas realidades, Souto aporta reflexiones decisivas para nuestro presente, con páginas que, para el caso español, ofrecen una interpretación, tan coherente como fructífera historiográficamente, sobre las milicias en los años de la Segunda República.

También apunta directo a cuestiones del presente el profesor Eduardo Pizarro Leongómez, al examinar el nacimiento del mito guerrillero en América Latina y las respuestas contrarrevolucionarias, amparadas tanto por los gobiernos latinoamericanos como por los Estados Unidos. Sin duda, la revolución cubana y las subsiguientes formaciones guerrilleras marcaron la agenda política de los países latinoamericanos desde 1960, y también de gran parte de la intelectualidad occidental. Se convirtió en principio revolucionario que las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército, lo

---

2. Albert O. HIRSCHMAN, *La retórica reaccionaria. Perversidad, futilidad y riesgo* (trad. de Teresita de VEDIA, Madrid, Clave Intelectual, 2020).



que era una simple posibilidad, o quizás una consigna de movilización. Sin embargo, las respuestas contrarrevolucionarias, siguiesen el modelo francés o el británico –un aspecto importante del análisis de Pizarro–, sucesivamente se solaparon y arrumbaron la mitología guerrillera.

Por otra parte, aunque los acuerdos de paz en 2016 entre las FARC-EP (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo) y el Gobierno colombiano presidido por Juan Manuel Santos desbordan las cuestiones expuestas en este dossier, no sobra recordar que cerraron el conflicto de mayor duración histórica. Más de medio siglo de lucha popular, desde que se inició en 1960. Sería el arquetipo de un proceso sociopolítico sobre el que cabría enunciar, siguiendo el título del dossier, el repudio de las razones de las armas para comprometerse con las armas de la razón. No se pretende hacer un malabarismo lingüístico ni ideológico. Al contrario, como científicos sociales, quizás no baste con ponderar los cambios y los agentes sociales a partir de este pasado de movilizaciones de ciudadanos en armas; o advertir sobre la fe en una línea evolutiva con metas predestinadas y unívocas. También cabría idear posibles exigencias éticas que aspiren a revolucionar con métodos no-violentos los distintos niveles de la existencia, sea individual o social, pública o privada. Es una consideración que implicaría subvertir mitos y paradigmas sobre los agentes revolucionarios en la historia, y también abordar enseñanzas sobre los usos del pasado para la convivencia en el presente.